



# ANTE TODO, BUENAS TARDES

Conversaciones transfronterizas  
sobre política, feminismo y  
*rengura*

Pablo Tortoriello - Luisina Castelli

**Primera edición:** marzo de 2022

**Título:** Ante todo, buenas tardes. Conversaciones transfronterizas sobre política, feminismo y rengura.

**Autores:** Luisina Castelli Rodríguez

e-mail: castelliluisina@gmail.com

Pablo Tortoriello

e-mail: elultimorejon@gmail.com

**Maquetación y diseño de cubierta:** María Clara Alonso

**Ilustraciones:** Pablo Tortoriello

**Edición:** Sujetos Editores. Montevideo, Uruguay

e-mail: contacto@sujetos.uy

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN: 978-9915-40-918-4

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons  
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>



## Índice

<b>Prólogo</b>	3
<b>Capítulo 1: Poner el cuerpo al sur (un comienzo interferido)</b>	5
Ilustración Carnabailando	19
<b>Capítulo 2: La pandemia</b>	20
Ilustración Derecho al goce	33
<b>Capítulo 3: Lugares de poder</b>	35
Ilustración Ella a todo color	50
<b>Capítulo 4: Poner el cuerpo a las artes</b>	52
Ilustración La piedad pagana	61
<b>Capítulo 5: Lanzarnos</b>	63
Ilustración Pintora de sueños	66

## Prólogo

Estas páginas son una especie de intercambio epistolar tejido lentamente desde un lado y otro del Río de los Pájaros. Es una conversación que comenzó hace ya un tiempo y que sigue su transcurso mientras usted lee estas líneas. Comenzamos acercándonos a la orilla, cada uno de su lado y alzábamos nuestras voces esperando que el otro recibiera el recado. Pero luego, nuestras gargantas se cansaron de gritar y nuestros oídos se fatigaron de tanto esforzarse por oír y nos vino hambre y frío, por lo que decidimos continuar recurriendo a palomas mensajeras. Ellas llevaban y traían nuestros papelitos arrollados y de paso nos contaban lo que veían desde las alturas, lo que estaba pasando en el planeta tierra desde las coordenadas del Sur.

Las palomas son seres indeseables, porque hacen nido en cualquier sitio, pero sobre todo porque esparcen sus heces y son buenas hurgadoras en los desechos. La gente desprecia a las palomas del mismo modo que rechaza a otras personas porque no se les parecen, porque piensan o lucen distinto de sí, porque duermen en la puerta de la casa y comen de sus sobras. La humanidad hilvana sobre su cuerpo colectivo el asco, la repugnancia y el odio sin dimensionar lo suficiente con qué fuerza

**Ante todo, buenas tardes**

esa acción lejos de limpiarnos nos carcome y deja maltrechos.

Esta conversación recorre los territorios de lo indeseable, de lo incómodo y de la diferencia corporal, pero no la que apreciamos en el otro, sino la que se nos revela frente al espejo. Hablamos desde nuestras experiencias y des-re-armamos nuestros posicionamientos al escuchar-leer al otro. Escribimos atravesados por una pandemia, hartos del encierro, en ocasiones con cansancio e incluso con miedo, pero tomados por la necesidad de salir del aplomo.

Hemos planificado para dentro de un tiempo encontrarnos. Será un encuentro en el medio del río. Cada uno irá en un bote, lentamente, para no agitar las aguas. Nos saludaremos con protocolo y diremos “ante todo, buenas tardes”. Y una vez allí, en el punto cero de nuestra distancia, celebraremos una fiesta, intercambiaremos flores de ceibo por fernet y seguiremos charlando. Sepan todos que están invitados.

Pablo Tortoriello y Luisina Castelli

**ANTE TODO, BUENAS TARDES**  
**Conversaciones transfronterizas sobre política,  
feminismo y *rengura***

**Capítulo 1: Poner el cuerpo al sur (un comienzo  
interferido)**

Mi nombre es Pablo Tortoriello, tenía 51 años cuando empezamos nuestro intercambio epistolar. Vivo en Junín, provincia de Buenos Aires, República Argentina, al oeste del Río de la Plata. Soy muchas cosas: varón, heterosexual, bailarín, pintor, escritor, estudiante avanzado de psicología, militante político, y también tengo parálisis cerebral. Soy lo que algunos llaman “discapacitado”, otros llaman “diverso funcional” y otros, como yo, llamamos “rengo”. Este último término lo usamos acá, bien al sur y al oeste del Río de la Plata. Ya ahondaremos en esto.

Venimos a dialogar sobre varios temas: feminismo, discapacidad, política, lugares de privilegio... Venimos a dialogar sobre cuerpos diversos, sobre cómo entendemos, cada cual desde su lugar, qué es poner el cuerpo para lo que sea: para hacer política, para que nos vean, para gozar, para gozarlo. También venimos a dialogar sobre cómo

nuestros cuerpos son vistos, tocados, usados por el modelo machista heteropatriarcal y normativo. De estas cuestiones y algunas más venimos a conversar con mi compañera Luisina.

Sentimos la necesidad de tirarnos al agua, de empaparnos, de caminar con la potencia de la polifonía. Mi nombre es Luisina, tenía 32 años cuando comenzamos a escribir. Soy oriunda de una ciudad del litoral uruguayo, vivo en Montevideo. Trabajo como antropóloga y me moviliza fuertemente pensar nuestra existencia en tanto corporalidades, entre otras cosas, por mi experiencia como hermana de una mujer que convive con parálisis cerebral y por ser yo misma una persona cuyo cuerpo contiene cierto tipo de alteridad vinculada a la pigmentación de la piel. Algunas personas se reconocen *negras*, también hay quienes militan una identidad *marrón*. Bueno, yo me pienso y siento *manchada*. Así me he apropiado y resignificado insultos que me arrojaron a lo largo de la vida por la apariencia de mi cuerpo. Cuando acordamos echar a andar esta escritura a cuatro manos (o a seis, porque en la vuelta también han estado tus asistentes personales, Pablo), propusiste que habláramos de “feminismo y discapacidad” y debo reconocer que esa encrucijada me convoca tanto como me hace ruido.

Al día de hoy, me parece tan necesario pensarla –y construirla– como desmarcarnos un poco de ella. Déjame explicarme: por un lado, creo que hablar de personas “convencionales” y personas “con discapacidad” tiene un efecto de reafirmar la distancia entre un “nosotros” y un “otros”, una distancia que estigmatiza, que poco nos hace bien y con frecuencia buscamos reducir. Pero a la vez, sentimos la necesidad de enunciar lugares propios, de cobijarnos en nuestras categorías.

Por otra parte, me identifico como feminista (aunque no siempre, en algunas circunstancias lo siento más que otras, pero me permito esa ambigüedad). Pero con el diario del lunes ¿qué estaría queriendo decir con “feminista”? Me parece que puede significar distintas cosas, incluso contrapuestas, pero por lo mismo puede dar lugar a un espacio carente de sentido.

Hay una demanda histórica y justa hacia el feminismo de no dejar a ningún sujeto afuera y esto ha acarreado, como condición necesaria, el ejercicio de adjetivar posturas y posiciones para inscribirnos en su cartografía: feminismo negro, feminismo sudaka, feminismo abolicionista, feminismo regulacionista, feminismo blanco, transfeminismo, feminismo como sinónimo de mujeres cis, feminismo lésbico, feminismo trans y feminismo trans excluyente, feminismo antirracista,

feminismo popular y un largo etcétera. Lo paradójico de esta diversificación es que también ha traído posturas egoístas y violentas, como si alguien pudiera arrogarse la voluntad de decir quién es sujeto o no del feminismo. También hay pluralidad al interior de cada etiqueta y combinaciones de todo tipo. En los estudios académicos sobre discapacidad hay una producción específica autodenominada “estudios feministas en discapacidad” y desde el movimiento social existe también un “feminismo disca”. Esta multiplicidad que a su interna se tensiona, se compone y se articula de maneras diversas también en relación a los escenarios y coyunturas locales, no es un rasgo exclusivo del momento actual, pero sí podemos decir que en él ha crecido. No estoy en contra de estas u otras formas de autoidentificación, mi intención es llamar la atención sobre un mecanismo que hemos naturalizado. Me preocupa que esta misma riqueza de la polifonía sea cooptada como una vía para vaciar al feminismo, o cualquier otro movimiento social, de sentido. Sin duda ser feminista es actualmente un fuerte lugar de pertenencia para muchas personas, aunque yo misma, en circunstancias en que elijo nombrarme como tal, no puedo dejar de interrogarme acerca de qué estoy queriendo decir realmente.

Por otra parte, como tu bien dijiste, ser “discapacitado”, y por extensión el conjunto de pliegues de la discapacidad, es (en una operación semejante a ésta que atraviesa al feminismo) una etiqueta, una manera de ser nombrado, en suma, una ficción con determinados referentes empíricos y efectos de realidad. La discapacidad tiene sus cuerpos de referencia, los cuales han sido forzados a performar esa etiqueta sin elegirlo (¿o acaso a alguien se le pregunta si quiere serlo?). Es algo complicado, pero lidiamos con ello incluso con éxito: somos lo que nos han dicho que somos y a la vez lo que elegimos. La clasificación y la etiqueta son anteriores a nuestras elecciones y, al inscribirnos en ese momento iniciático, la etiqueta nos embreta en un universo de sentido –histórico, geográfico, social y políticamente situado– que se organiza en función de una categorización de los cuerpos y sus atributos.

No obstante, también se puede “danzar” con el brete y en dicha danza subvertir sentidos. Tú mismo nos lo mostraste al decir, al comienzo, que te nombras *rengo*. A mí de niña me decían cosas muy hirientes en la calle (en general varones cis, ¡qué casualidad!), por ejemplo “te caíste en el barro” o “estás toda manchada” o el clásico “¿qué te pasó?”. Pero con el tiempo, a esas etiquetas las

fui convirtiendo en mimo: vengo del barro, de la tierra, de lo húmedo. ¿De dónde vienes tú?

Por otra parte, también debo decir que en esto de las etiquetas no puedo colocar en un mismo lugar el ser “feminista” y ser “manchada”, son adscripciones identitarias y posturas políticas que pueden estar vinculadas, sí, pero son de naturaleza diferente. La segunda proviene de mis encarnaduras, de una vivencia personal y la primera es a estas alturas una categoría (polisémica, pero) global y tejida en colectivo.

Como “feminismo”, “discapacidad” circula y transmuta como categoría de militancia, categoría médica, de política pública o de organismo internacional de Derechos Humanos, pero todos los casos tienen en común inscribirse en las discusiones en torno a lo identitario y la diferencia. Pero no todas las categorías llegan a inscribirse en las gramáticas de lo políticamente correcto: rengo, disca, marika, travesti, queer o cuir, negro/a o manchada, definen un territorio político de subversión y un lugar de resistencia que abrazo.

En suma, me parece que uno de los lugares necesarios para reflexionar sobre esta encrucijada entre categorías es con relación a la política de las identidades desde las prácticas y desde nuestras encarnaduras, temas sobre los que tal vez no digamos nada novedoso, pero sobre los que

necesitamos seguir conversando. ¿Podremos lograr que “diferencia” deje de ser mala palabra? A mí me gustaría que de este dilema pudiéramos priorizar lo que nos pasa en tanto cuerpos. Y situados en nuestras propias geografías sensibles, pero atentas y atentos también a las de los demás, quisiera preguntarte por qué a ti –varón, blanco, heterosexual, rengu, bailarín, pintor, militante, estudiante de psicología– te interesa reflexionar sobre y desde esta díada y desde dónde haces parte (o lo contrario). Sé que al pedírtelo tal vez te esté empujando hacia esa adjetivación (que parece estirarse *ad infinitum*) sobre la cual más arriba expresé mis reparos, o puede que me muestres otras formas de decir(se).

Alejandro Dolina dijo una vez que el hombre hace todo para levantar *minas*<sup>1</sup>. Esta frase no parece ser, en principio, muy apropiada para esta conversación. Pero en el fondo, Dolina está hablando del deseo. Eso vale para cualquiera, sin importar el género o lo deseado. Creo que es eso lo que me convoca a este diálogo que problematiza sobre feminismo y discapacidad. El deseo de volver a militar, después de un tiempo de no querer militar más, porque no encontraba un motivo para hacerlo. El deseo pasa por el cuerpo, sin ninguna

---

<sup>1</sup> En jerga del sur de Latinoamérica significa “mujeres”.

duda, y lo atraviesa. Y es a partir del cuerpo atravesado por el deseo, o al revés, a partir del deseo que atraviesa el cuerpo, que nos vamos poniendo en un lugar. Nos posicionamos frente a los otros. Este cuerpo deseante nos va enlazando con los demás...Estoy intentando responder tu pregunta, y no lo estoy logrando...Obviamente me interesa hablar de discapacidad porque me toca (o tal vez, yo como disca, toco a los demás), y porque, aunque yo no pude elegir este lugar, si puedo elegir militarlo. Y me interesa el feminismo porque creo que ambos colectivos tienen cosas en común. Y, además, pienso sinceramente que no solo un rengo puede representar a un rengo, o una mujer a una mujer o un payaso a un payaso, por decir algo. Y porque creo en las alianzas. Cuando la militancia renga habla de “nada sobre nosotros sin nosotros”, yo me pregunto ¿quiénes somos nosotros y quiénes los otros? Estoy planteando preguntas: ¿nuestras familias pueden hablar de nosotros?, ¿algún profesional puede hablar sobre nosotros? Claro que no sin nosotros. Pero la pregunta es: ¿no pueden hablar?

Nuestro colectivo también está atravesado por la pluralidad, por las contradicciones y por las diferentes necesidades, a veces incluso contrapuestas. Y en nuestro caso, tampoco es fácil ponernos de acuerdo y manifestarnos en el

disenso. Sin embargo, ahí vamos. El gobierno anterior en Argentina generó tal hartazgo que salimos a la calle a protestar. Y nos vieron. No sé si sirvió de algo, pero nos vieron. Al menos para eso sirvió: para visibilizarnos. Creo que es lo único que podemos rescatar del gobierno de Mauricio Macri, que obviamente tampoco buscaba eso (al contrario, no lo esperaba).

No me olvido de Poblete y su gente, pero no era un movimiento tan masivo. Vos te preguntarás quién era Poblete: “Pepe Poblete había perdido sus piernas a la altura de los muslos, a los 13 años, en un accidente ferroviario en su Chile natal. Nació en Santiago, el 6 de enero de 1955. Militó en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, y cuando se vino para la Argentina para recibir un tratamiento de rehabilitación, fue uno de los creadores del Frente de Lisiados Peronistas en 1971, que respondía a la política de Montoneros y que llegó a estar constituido por más de 200 personas que concurrían a las marchas políticas con sus muletas, sillas de ruedas y lazarillos; un espectáculo en sí mismo. Con anterioridad, ese mismo sector respondía al nombre de ‘Frente de Rengos Peronistas’ (...) Perseguido por la dictadura militar, Poblete fue secuestrado y desaparecido en noviembre de 1978 a los 22 años, junto a su compañera de vida y militancia Gertrudis Marta –

Trudy– Hlaczik (18 años) y la hijita de ambos, Claudia Victoria (de 8 meses y 3 días de vida, recuperada en el 2000)<sup>2</sup>. Ése era Poblete.

Pero a propósito, y respondiendo parte de tu pregunta, yo me defino como rengo. Esta palabra es la que usamos entre nosotros en Argentina históricamente. De hecho, justamente Perón pidió a Poblete cambiar esa palabra por “lisiado”. Poblete obedeció, y se formó el Frente de Lisiados Peronistas, que después formó parte de Montoneros. Pero, seguramente, entre ellos siguieron llamándose rengos. Creo que por fin contesté tu pregunta.

Yo tengo dos hermanas, así que me va a interesar mucho lo que vos tenés para decir desde ese lugar.

Pablo, tu respuesta fue al hueso. Hablaste del deseo y de los motivos que lo sacuden, de las decisiones, de los puntos en común, de las alianzas, de los cuerpos, de la autoridad para tomar la palabra o las habilitaciones para hacerlo y de los modos de decirse los cuerpos aquí, al sur del sur.

Vuelvo sobre la palabra “colectivos” porque fue la que tú empleaste y porque creo que conecta con lo que ambos fuimos expresando. Me pregunto

---

<sup>2</sup> Tomado de:

<http://www.robertobaschetti.com/biografia/p/155.html>

¿dónde comienza y dónde termina cada “colectivo”? ¿Quiénes hacen parte de cada uno (o de ambos)? ¿Puede un varón cis ser parte del feminismo? ¿Hay diferencia entre la sensibilidad que las feministas podemos expresar frente a un varón *rengo* que ante uno convencional? Y, a la inversa ¿puedo yo, desde mi lugar de hermana, hacer parte del colectivo *disca*, entendiéndolo ahora como movimiento político?

No quisiera nada más responder “sí” o “no”. Busco, en cambio, invitarnos a explorar esos territorios de la opacidad que es también potencia, de las fronteras, de lo ex-céntrico. Territorios que nos obligan a interpelar nuestras preguntas cerradas, porque la realidad desborda lo que imaginamos para elaborar nuestras posiciones. Si hay posibilidad de incluir y excluir sujetos y corporalidades de un determinado “colectivo”, sea el que sea, entonces existen parámetros, condiciones o atributos que señalan la pertinencia (o im-pertinencia) identitaria de cada quien. Creo que las condiciones de exclusión de determinados sujetos en determinados ámbitos pueden ser válidas, lo que no quita que podamos pensarlas. Y, a mi entender, la impertinencia en algunas de sus variantes puede aportar mucho, sobre todo a través de la interpelación, de la dislocación de sentidos. Sería interesante ver, a lo largo del tiempo, cómo

se ha definido la pertenencia y exclusión en el colectivo disca. Esto seguro tú lo puedes decir con mayor propiedad.

En el terreno del feminismo, aunque en el principio fueron corporalidades identificadas como “mujeres” las que lo nutrieron (aunque al mismo tiempo ellas se nutrieron del movimiento negro y no se lo reconoce lo suficiente), con el tiempo esa categoría no solo fue interpelada, sino que también se visibilizaron otras corporalidades, por ejemplo trans y no binaries, y eso trajo como contraparte la emergencia de posturas esencialistas y bueno, el moralismo de siempre. Aunque los trayectos son distintos, en ambos casos buceamos otra vez por las cuestiones identitarias ligadas al cuerpo. Cuerpos que son forzados a una definición sin opacidades, pero que desde sus trincheras le plantan batalla a las etiquetas. Me pregunto si sería posible vivir sin clasificaciones, sin nombrarnos de alguna manera. ¿Existiría la política sin categorías sobre las cuales disputar sentidos? Incluso habiendo dicho que (a veces) me identifico como feminista –y a riesgo de caer en una contradicción–, las etiquetas no me gustan, pero también comprendo que en cierta medida nos permiten estar juntos sabiendo que no somos iguales y no tenemos por qué serlo, que tenemos diferentes necesidades, sentires e historias. A la vez,

desetiquetarme de lo que me impusieron y renombrarme en mis propios términos hace que perciba el mundo distinto.

Esta interpelación hacia las etiquetas y los sentidos que les atribuimos, que encorsetan a los “colectivos”, es lo que me permite intentar atajar el centro que me tiraste acerca de qué es lo que tengo para decir desde mi lugar de “hermana”. En verdad podemos pensarlo juntas, al fin y al cabo, tú también has dicho que tienes hermanas. “Hermana” es otra etiqueta, pero para mí es un lugar desde el cual reflexiono, siento y acompaño; desde el cual me involucro en las luchas del colectivo de personas con discapacidad y desde el cual también pienso mi cuerpo. Considero que ese lugar habilita una presencia juntas.

Estas reflexiones colocan la cuestión de dónde comienza y acaba un cuerpo y la identidad que se le asocia cuando estamos tan íntimamente vinculados. En este sentido, me parece muy elocuente tu ejercicio de rearmar la pregunta “¿quién puede hablar por nosotros?” proponiendo en su lugar “¿no pueden hablar?”. Tal vez el punto es cómo y en qué momentos lo hacemos. Desde mi experiencia, puedo decir que no considero que sea la voz de mi hermana, pero sí conozco muchas de sus necesidades y formas de goce. Y además, hay un aspecto no menor: desde su estado

**Ante todo, buenas tardes**

corporal ella no puede expresarse en los términos de las personas convencionales. Yo no sé qué haría ella si pudiera salir a la calle a manifestarse, por ejemplo, qué ideas reivindicaría y de cuáles estaría en contra. Pero desde mi lugar, desde ese vínculo íntimo que mencioné, puedo dar batalla por ella y sus derechos. Dar batalla juntas es también una forma de sobrevivir en un mundo hostil.

(Habíamos iniciado un diálogo, pero eventos impensados lo interrumpieron)...



Carnabailando - Acrílico sobre papel.  
10 de abril de 2017

Hay 3 figuras humanas sobre un fondo rosa indefinido. Las figuras de los laterales están de pie, visten de color violeta y tienen pelo rubio. La del medio viste de negro y azul, con pelo negro, se encuentra en una silla de ruedas y conecta las otras dos con sus extremidades estiradas. Bailan.

## **Capítulo 2: La pandemia**

Bueno, Luisina, después de tres meses, hoy volvemos a escribir. En el medio pasaron cosas, en realidad siguen pasando. La humanidad se dio cuenta que es vulnerable (eso pensaba cuando escribía esto, ya no lo pienso). ¡Un murciélago mal cocido y todo se va a la mierda! O también podríamos hablar del calentamiento global y sus consecuencias. La cuestión es que, de repente, aparecieron otras formas de poner el cuerpo y también otras formas de poner el cuerpo en esta parte del mundo, que no se parece a otras partes. Acá tenemos, por ejemplo, villas o barrios de emergencia. Yo, como rengu, estoy dentro de un grupo vulnerable. Las mujeres también lo están, pero por otros motivos. Lo mío es el peligro de contagiarme y que se complique. Además, en otras partes del mundo, por ejemplo en EEUU, a los rengos no les daban la oportunidad de sobrevivir. Supongo que también habrá pasado en Europa, digo, cuando un médico tenía que elegir a quien darle un respirador, seguro que pocas veces se lo dieron al rengu. Lo de EEUU era una orden. En Argentina, sí se nos trata, pero obviamente, el sistema de salud no está preparado para recibir rengos y hemos visto cosas espantosas. Pero voy a contar cómo la estoy pasando yo. Tenía muchos

planes para este año. Había empezado a bailar de nuevo, después de mucho tiempo. Estaba pintando, y otras cosas. Tenía mis acompañantes terapéuticas, la mujer con la que pinto, la chica con la que bailo. Las dos acompañantes terapéuticas tienen problemas respiratorios. La profe de pintura también tiene problemas. El baile también tuve que cortarlo. También tuve que cortar mi asistencia sexual. Me quedé, de un día para otro, casi sin ninguna actividad. Y me llevó un par de meses y un par de cambios volver a organizarme. La pandemia y la cuarentena tuvieron efectos colaterales. De todas formas, estoy completamente a favor del confinamiento, que de alguna manera puso a todo el mundo en un lugar parecido al de los rengos: poco movimiento y adentro de casa. ¡Bienvenida la humanidad toda al mundo disca!

Entiendo que del otro lado del río las cosas no están tan complicadas. Pero ya las contarás vos. Tal vez, más adelante podamos continuar donde habíamos quedado.

Viernes 3 de julio de 2020. Hola Pablo ¿cómo estás? Parece que fue ayer que estábamos aquí de cháchara y sin embargo pasaron –días más, días menos– unos cuatro meses. Leo tu relato como si fuera un cuento, porque toda esta realidad que nos está tocando vivir a quienes habitamos el Planeta

Tierra (y al Planeta en sí más allá de nosotras) parece un relato fantástico, a pesar que no avizoramos ni una pizca de final feliz. Sin embargo, nos está tocando hoy, en pleno siglo XXI. Y en este cuento en el que todos estamos metidos, cada quien cuenta su historia.

Mientras escribo, me habita una sensación extraña con respecto al tiempo que no consigo desenredar. Le vengo dando vueltas hace semanas. Es como si una temporalidad larga se hubiera mezclado con una más corta y como si lo rápido estuviera aconteciendo a la vez en lentitud. Siento que ha transcurrido mucho y poco tiempo a la vez y he perdido las nociones fronterizas, el “dónde estoy”, el “hacia dónde vamos” y, tal vez más importante, el “cómo” estamos yendo. Ahora todo es un “adentro”. Ah y ¡gracias por darme la bienvenida al mundo disca!

En mi caso, la mayor parte del tiempo he permanecido en Montevideo, tele-trabajando, tele-estudiando, tele-ejercitando, tele-viviendo... observando atónita y con impotencia lo que acontece frente y dentro de nuestras narices. Luego de leer lo que escribiste y lo que acabo de escribir, veo cómo la situación trajo diferentes ecos para ti y para mí, en tu caso imponiéndote una suspensión de tus actividades y en el mío exigiendo más. No estoy equiparando, sino

intentando ver cómo nos vemos involucrados y sacudidos por reconfiguraciones prácticas que involucran de lleno nuestras corporalidades.

También viajé en varias ocasiones a la ciudad donde se encuentra mi familia. Una de esas ocasiones tuvo lugar al poco tiempo que el COVID-19 llegó a Uruguay, porque vimos que era necesario reorganizarnos en la casa, en particular con las asistentes de mi hermana y mi abuela, ambas personas dependientes de los cuidados y apoyos de otras. Lo que hicimos, un poco por miedo y otro poco por precaución, fue darle libre a las asistentes por quince días y durante ese tiempo mi mamá y yo asumimos los cuidados. Y a la vez trabajaba (o intentaba hacerlo): me encerraba en un depósito que hay en casa y entre cajas y colchones enviaba emails y participaba en cursos. Cuando más ayuda necesitamos, ser muchas personas en la casa nos atemorizaba. Logramos hacerlo, pero no fue fácil, sobre todo porque esta circunstancia trae mucha incertidumbre y miedo en cada decisión, porque qué tal si la estás pifiando y mañana caemos todas las personas de la casa enfermas. Me horrorizaba pensar que mi familia sufriera.

En Uruguay, hasta el momento en que escribo esto, la pandemia no llegó a un estado crítico, de saturación del sistema de salud, como sí sucedió

en otros países (nota: esto luego cambió y todo se fue al carajo). Pero eso no significa que no tuviéramos miedo y que no enfrentáramos situaciones delicadas. Junto con la pandemia, el gobierno de derecha que asumió el 1 de marzo de 2020 viene tomando decisiones que apuntan al recorte del gasto estatal y ¡oh casualidad!, siempre el mayor perjuicio recae en quienes menos tienen. Sin ir más lejos, en estos días se anunció la unificación de dos políticas públicas en discapacidad y asistencia a personas con dependencia, que si bien tienen aspectos en común, manejan objetivos diferentes. Así que además de la posibilidad del contagio tenemos la vulneración de derechos que tanto tiempo y esfuerzo llevó que se reconocieran.

Como bien señalas, ha quedado en evidencia que hay vidas que se valoran menos que otras, porque habitan cuerpos de menor valor social. La pandemia ha servido para sacar estos trapitos al sol, podríamos decir, y el escenario que quedó planteado nos interpela a actuar, a responder. Me parece que una clara muestra de que las voces de resistencia subalterna siguen vivas, son las manifestaciones desatadas a lo largo y ancho del mundo por el asesinato de George Floyd a manos de un policía. Hoy más que nunca no podemos callar, así como no podemos luchar solas y solos.

La alianza, que tú trajiste al comienzo, es para mí el camino a seguir. Ahora, ¿qué hacer cuando se nos presentan obstáculos tan importantes como los que ambos mencionamos acerca del aislamiento y la falta de apoyos? ¿Cómo avanzar hacia una acción política que no ignore estos dilemas cotidianos?

Me quedaron dando vueltas las palabras de George Floyd “no puedo respirar”. Tienen que ver con muchas cosas: con el Covid, que no te deja respirar, con los varones que no dejan respirar a las mujeres y las matan (en Argentina está habiendo muchísimos femicidios en cuarentena), con las derechas que tampoco dejan respirar. En fin, creo que ese grito, es un grito que podemos amplificar en varios lugares. Yo agradezco a quien corresponda que, al menos en la Argentina, la pandemia no llegó el año pasado (2019), pues de ser así creo que estaríamos como Brasil. Ustedes son un caso muy particular (error, parecían un caso un caso particular) porque, sobre todo en América, donde gobiernan las derechas, la cosa está peor. Y esto no puede ser casualidad.

En cuanto a la cuestión del tiempo, a mí me pasa algo parecido, y a mucha gente que conozco también. Hace pocos días estaba hablando con mi madre, y ella se preguntó “¿cuándo fue que pasó

junio?”. Creo que estamos comprobando empíricamente la teoría de la relatividad. También estamos comprobando empíricamente la teoría del derrame, sobre todo en América: el virus lo trajo una clase más alta y lo derramó. Volviendo al tema del tiempo, es como si estuviéramos en una máquina que avanza y retrocede continuamente, vamos pasando del siglo XXI a la edad media y volvemos. En Junín, por ejemplo, habíamos avanzado hasta que apareció un contagio de un laburante y ahí volvimos a la edad media. Salieron las hordas de gente “normal” a la caza de los “apestados”. Después volvimos a avanzar hasta que ahora aparecieron casos que ya no son laburantes, y el trato es diferente. Si bien la gente está enojada, ya no salen a cazar. Eso no está mal, a menos que lo comparemos con la situación anterior.

En mi caso, yo tengo más temores ahora que en marzo, porque acá la cuestión se complica y yo dependo de mis apoyos que no viven conmigo. Pero tampoco puedo prescindir de ellos. Estoy siendo un poco autorreferencial, pido perdón por eso. En cuanto a cómo avanzamos, vos y yo somos frentistas, así que sabemos que las alianzas siempre son buenas y sabemos que hay que negociar, tomar aire y salir.

No sé qué pensas vos, pero como yo siempre estuve fuera de la normalidad, me importa poco que haya una “nueva normalidad”. De todas maneras, voy a quedar afuera. Me gustaría saber qué opinas al respecto.

¡Mucho derrame de virus, poco derrame de capital! No sé a quién le puede sorprender, pero si ésa es la nueva normalidad, tampoco la quiero.

El tiempo, las fronteras, el adentro y el afuera, la asfixia y la necesidad del grito, la vulnerabilidad colectiva de la humanidad (aún con la abismal brecha de clase), las brutales violencias selectivas que desatamos al vernos amenazadas y amenazados, la (nueva) normalidad y sus imperativos. Y en el medio, la existencia de cada persona y de cada ser. Ya lo había advertido el filósofo camerunés Achille Mbembe: habitamos un “devenir negro del mundo”. Parece un delirio todo lo que está puesto en juego (y eso que solo mencionamos algunas cosas), pero es lo que nos toca vivir y en muchos casos las condiciones bajo las cuales nos toca morir.

Tú dices, Pablo, que vas a quedar afuera de la nueva normalidad porque nunca fuiste parte ni de la nueva, ni de la vieja normalidad. Creo que hay algo sumamente provocador en esa idea del rechazo a las convenciones, pero que también

conlleva ciertos riesgos, por ejemplo, el de anclar la diferencia en la desigualdad y la violencia y no poder salir de allí, quiero decir, el no poder avanzar en transformaciones en cuanto a cómo estamos juntos en este mundo. ¿Has escuchado esa frase popular que dice “de cerca nadie es normal”? Bueno, en ocasiones pienso que es justamente al revés, que de cerca todos somos normales (aunque tal vez el término “normal” no sea el más adecuado). Me refiero a que al acortar la distancia del estigma, la diferencia se resignifica. Quizá estos tiempos tan difíciles nos obliguen a construir un nuevo horizonte colectivo “sub-normal”, no entendido como un estado de deterioro o inferior a cómo vivimos hoy, sino como una subversión (de ahí el prefijo “sub”) del statu quo actual, donde no se distingan “arribas” y “abajos”, “adentros” y “afueras”, normales y anormales. Pienso eso, pero a la vez siento como si estuviera traicionando mis propios principios, pues este planteo en cierta medida implica desmarcarnos de esa posición profundamente potente que es la de estar en contra, o más allá, o fuera de la norma. ¿Es posible transformarnos manteniendo ese potencial crítico? Creo que ahora que pensamos lo que nos viene sucediendo durante la pandemia no podemos dejar de lado el rol que ha cumplido la solidaridad de la sociedad. Una de las expresiones de solidaridad

social más salientes, al menos en Uruguay, las estamos viendo con el despliegue de ollas populares a lo largo y ancho del país. Es un esfuerzo enorme por sostener la vida que involucra densas redes de colaboración con alimentos, trabajo y recursos. Mucha gente está pasando hambre y no podemos quedarnos de brazos cruzados. A pesar que la situación actual es crítica, este tipo de organización no es nueva. Hay una memoria y una legitimidad social del pueblo en torno a las ollas. Su labor es fundamental, pero es evidente que los problemas desbordan, sobre todo con un gobierno ausente. Por eso vuelvo nuevamente sobre la cuestión de las alianzas que tú mencionaste que solo le interesa ahorrar.

¿Qué pasaría, por ejemplo, si en una situación como la tuya, donde las asistentes personales debieron ausentarse para cuidar su propia salud, o como la de mi familia, donde decidimos resguardarnos en la casa aunque eso significara asumir nosotras todos los cuidados, otra u otras personas pudieran tomar su lugar o colaborar de cierta manera? ¿Qué pasaría sí, frente a personas que perdieron su fuente de trabajo en este contexto y han sido desalojadas de viviendas y pensiones, otras personas pudieran darle cobijo? Hace unos días recibí un mensaje de un colectivo de gente de calle que se armó en Montevideo que piden al resto

de la población (a quienes tienen techo) que les abran las puertas de su casa por un rato, para tomar algo caliente, para no sentir frío, porque con la pandemia hasta los espacios públicos se cercaron y eso exagera sus condiciones de exclusión. Lo estoy diciendo muy formal, pero en lo concreto eso significa no tener donde carajos ir, ni siquiera a una plaza. Es necesario que estas situaciones se visibilicen, porque no llegamos a imaginar cuántas cosas están pasando y cómo la pandemia lleva a un extremo la precariedad a la que han sido empujadas tantas personas.

Cada quien se preocupa por lo propio, pero ¿y el otro? Tal vez sea posible revisar las posibilidades de una acción política más allá de nuestra situación personal o del colectivo que integramos. Aunque entiendo que esto implica un esfuerzo gigante bajo estas circunstancias.

Al principio, allá por marzo de 2020, había gente que esperaba que la humanidad saliera mejor de la pandemia. Yo nunca lo creí. Vamos a salir peor, y en el mejor de los casos, no va a cambiar nada. Lo digo por lo de la solidaridad. Es decir, hay gente que es solidaria desde antes de la pandemia. Probablemente alguien a quien la pandemia haya dejado en la lona pueda mejorar y entonces habría un poquito más de gente solidaria. Acá también

hay mucha gente colaborando con ollas populares, comedores, etc. Tal vez la diferencia con lo que vos contás es que de este lado del río hay un Estado que, en principio, también colabora. Obviamente no alcanza. Solo el Estado nunca alcanza.

Pero en cuanto a tus preguntas, por ejemplo, en mi caso hubo alguien que por un tiempo intentó ocupar un poco el lugar que había quedado vacante por la ausencia de mis acompañantes. Hay otras cuestiones que son un poco más complejas. De todas maneras, entiendo que hubo y hay gente, movimientos, que están colaborando, por ejemplo, con las mujeres trans. A otras gentes la propia sociedad les da la espalda. Un ejemplo muy concreto es lo que pasó con las trabajadoras y trabajadores. El Estado había reconocido a este colectivo como “trabajadoras informales” lo cual implicaba acceder a una ayuda económica. Apareció el “abolicionismo” y el gobierno cedió a su presión, eso les impidió acceder a esta ayuda. Como vemos, ningún gobierno está libre de pecados. Y en cuanto al abolicionismo, hubieran podido guardarse sus luchas para después de la pandemia.

Otro ejemplo de ayuda digamos “paraestatal” son los movimientos sociales, que son los que están en los barrios vulnerables, bancando a la gente. Esto

incluye a movimientos políticos, sindicales y religiosos, también a personas que no pertenecen a ninguno de estos sectores, pero igual colaboran. Igual, insisto, son lo que colaboran siempre. Las mujeres que estaban organizadas desde antes de la pandemia se están moviendo bastante, porque como ya lo dijimos, la pandemia exacerba las desigualdades de todo tipo y de género también. En cuanto a mi colectivo, siempre nos ha costado organizarnos y ahora que tenemos que cuidarnos, porque hay un riesgo real, es un poco peor. Hoy estoy negativo, sepa disculpar, compañera. De todas maneras, siempre hay alguien o algo que da un poco de esperanza.

Para ir cerrando este capítulo, como dije antes, tengo más miedo ahora que en marzo. Pero también tengo esperanza, no tanto en que la humanidad mejore, si no en que podamos lograr articular a quienes desde antes estábamos luchando por hacer que las cosas sean más soportables o menos padecibles y que podamos respirar (volviendo a las palabras de Floyd).



**Ante todo, buenas tardes**

(En la página anterior)

Derecho al goce - Acrílico sobre papel.

4 de septiembre 2017

Se ve una pareja que se abraza sobre una silla de ruedas. La pareja se ve de costado, una pierna desnuda en primer plano. Tienen las frentes apoyadas una en la otra y se agarran la cara.

### Capítulo 3: Lugares de poder

Parece que damos un salto mortal y cambiamos radicalmente de tema, pero no, en el fondo, todo está entrelazado.

Hace varios años caminaba de regreso a casa cuando un muchacho ciego me abordó para preguntarme dónde se ubicaba la parada de ómnibus. Me pareció que era jovencito, más chico que yo seguro. En esa zona estaban haciendo arreglos en las calles por lo que habían cambiado algunas paradas y circuitos. Era lógico estar desorientado. Nos llevó algunos minutos, pero finalmente encontramos la parada que él buscaba. Finiquitado el asunto lo saludé con cierta distancia, como se saluda a un desconocido, pero él se abalanzó sobre mí queriéndome dar un beso en la mejilla, riéndose. Había un gesto entre galante y socarrón en su risa, que sumado al beso prepotente, me desencajó. Seguí mi camino con incomodidad: algo no había estado bien, pero yo no había reaccionado.

Pasaron varios años hasta que viví una situación un tanto más compleja. Otro muchacho con discapacidad que conocía de un espacio equis que ambos frecuentábamos, comenzó a comportarse con insistencia, siempre por mensaje de texto. En

los encuentros grupales era muy ubicado y correcto, pero luego, me enviaba un mensaje tras otro, todos los días, a cualquier hora. Pasó un tiempo largo y gracias a que otra persona me lo hizo ver pude decir(me) que eso que había vivido era acoso. Así caí en la cuenta de que no puse límites como creo que hubiera puesto si ese muchacho fuera “convencional”. Un comportamiento que al vivirlo con otros varones (porque el acoso es más frecuente de lo que piensan) rechacé con mayor rapidez y tenacidad, en este caso me confundía: me preguntaba todo el tiempo si había algo que no estaba comprendiendo de su modo de actuar, si tal vez estaba queriendo expresar algo que en otros vínculos o ámbitos no tenía la oportunidad. Luego supe –y esto tristemente me tranquilizó– que su comportamiento se repetía con distintas compañeras.

Digamos que el tiempo ha hecho su trabajo y eso me permite, ahora, hablarte de algunas inquietudes. Hay dos cosas que pienso y que las voy a decir así, sin rodeos, invitándote a que conversemos sobre ellas (en realidad son dos cosas que se sintetizan en una o una que tiene dos dimensiones, en fin, tú me entiendes). Por un lado, digamos que el comportamiento excedido es habitual entre los varones cis heterosexuales hacia las mujeres (cis o trans), por lo menos entre

aquellos que habitan una masculinidad machista, y los varones rengos no estarían siendo una excepción. Pero tal vez estos últimos se sientan, digamos, “protegidos” por esa renguera, habilitados a ciertas transgresiones que a otros varones hoy día rápidamente les señalamos. Por otro lado, reparo en mi comportamiento: esa confusión, la tardanza en el límite...creo que ahí la habilitación la estaba ofreciendo yo (aunque no debería culparme), y me parece también que no es algo que me ocurra solo a mí. En otras palabras, digamos que hay una mayor tolerancia al comportamiento inapropiado de los varones rengos en comparación a otros varones y eso no debiera ser así. Después de todo, ¿por qué reafirmar una diferencia que queremos desarmar? ¿Cuándo esa diferencia puede ser performada con orgullo y cuándo es necesario desarticularla? Ahí pues mi cuestión, que podría resumir en la palabra “habilitaciones”.

Efectivamente, todo tiene que ver con todo. Creo que vamos a hablar de lugares de poder. Un varón heterosexual está en una posición de poder sobre una mujer, aunque sea rengo. Pero también una mujer “convencional” está en una posición de poder con respecto a un varón rengo.

Aclaro un par de cosas. Yo me considero machista en recuperación, es decir, que me reconozco en algunos de tus ejemplos (igual nunca llegué a tanto), pero he sido educado por mujeres que me han ubicado, a las cuales agradezco.

Justamente, creo que lo peor que podés hacer con un rengo machista es no ubicarlo, porque lo peor para un rengo es la compasión.

Pero hablé de las mujeres “convencionales”. A ellas es un poco más complicado ubicarlas, porque para cuando querés hacerlo ya se fueron. Hablo de cierto tipo de mujer “convencional”, que acá llamamos “caliente pava”, o histérica.

Pero antes de hablar de ellas, voy a decir lo que me parece que pasó con vos. El varón ciego no te acosó, te abusó, y vos en lugar de pegarle una patada en los huevos, te paralizaste. En cuanto al otro tipo, también te paralizaste, la mujer debería aprender que un tipo es un tipo, aunque sea rengo. Estamos hablando de habilitación. Cuando a un varón le pegan una patada en los huevos, o lo frenan, el tipo va a dejar de sentirse habilitado, y la próxima lo va a pensar. Tampoco estoy pidiendo mano dura, o paredón, simplemente un freno.

Ahora bien, ¿cómo hace un tipo rengo para frenar a una mujer que en la calle te aborda y para saludarte te pone los pechos en la cara?, por ejemplo. Me ha pasado varias veces. Ahora en

épocas de redes la cosa se facilita, y varias veces me ocurrió que las mujeres me habilitan al punto de mandarme fotos eróticas, y cuando yo intento avanzar, se espantan. Obviamente no son todas, algunas han concretado, a mi ex pareja la conocí así, por ejemplo. Otras de entrada me frenan, como corresponde, pero siempre están las “calienta pavas”.

Igual tengo un ejemplo anterior a Facebook (estoy viejo). Conocí a una mujer en un encuentro de danza, en el momento no pasó nada, nos pasamos nuestros correos electrónicos, teléfonos, y empezamos a conversar, hablando de cualquier tema. Un día ella me preguntó si me gustaría que venga a visitarme para bailar; ella no vivía en Junín. Vino a visitarme, empezamos a bailar, y en un momento me agarró y me comió la boca de un beso, y puso mi mano en sus tetas, me acarició, pero nunca pasó abajo de mi cintura. Después se fue, y cuando yo por correo le dije que quería tener sexo, se espantó, a lo mejor pensaba que no tenía pito.

Entonces, ¿cómo debemos actuar los varones rengos ante algo así? Porque en estos casos, son las mujeres las que te habilitan, y de golpe te deshabilitan, y no hay una explicación racional, porque otra cosa sería que te hayan avisado de entrada hasta acá, pero no.

En cuanto a tu pregunta, como decía un personaje de Marvel, “un gran poder implica una gran responsabilidad”. Está bien usar el poder de la rengura<sup>3</sup> para evitar la cola del banco, por ejemplo, pero no para acosar a mujeres. Y mi pregunta sería, para que me ayudes a pensar, ¿cómo hace un varón heterosexual rengo para ubicar a una “caliente pava”? Cómo ves, yo también hablo sin tapujos.

Sí que tenemos tela para cortar, mi querido Pablo. Voy a intentar decir algo con respecto a tu pregunta, pero quiero mencionar un tema primero, que no puedo pasar por alto. Hablar de que las mujeres (aunque sea algunas) son histéricas, es un gran prejuicio y es hiriente. La histeria era entendida, por la medicina del siglo XIX, como un estado mental patológico que devino en un estado patológico exclusivamente femenino asociado a la sexualidad y más concretamente, diría, a la genitalidad. Por eso a las mujeres que se les diagnosticaba histeria, se les indicaba como tratamiento, entre otras cosas, masajes de clítoris. La histeria caducó como término clínico y médico, pero subsistió como misoginia: es histérica la que no coge, la contenida, pero también la agresiva, la

---

<sup>3</sup> Rengura: neologismo inventado por Pablo para referir a la condición de rengo.

que no revela su sexualidad, etc. No es casual que se haya llamado “histerectomía” a la cirugía mediante la cual se extrae del cuerpo el útero. Por estas razones, creo que podemos evitar la analogía de “calienta pavas” como “histéricas”, aunque el propio término “calienta pavas” tiene también un tono prejuicioso. Dicho esto, entiendo tu punto, sin embargo, no me parece que sea algo “de mujeres”. Por eso propongo que vayamos al comportamiento, más que al género o sexo de quien lleva a cabo una acción. A mi modo de ver, es más una cuestión de morbo que se exagera frente a lo desconocido, que en este caso es la diferencia corporal entre rengos y convencionales. No creo que piensen que no tenés pito, pero sí, que quieren saber cómo luce el pito de un rengo, porque no lo saben, porque la educación sexual es un debe inmenso, allá, acá o en todas partes y porque a varones y mujeres nos enseñan que lo convencional es el modelo, lo correcto y lo no convencional es lo contrario. Por eso también mi duda frente al acoso del segundo caso que conté. Creo, además, que hay cierta necesidad y a la vez temor de reconocer que alguien “distinto” te puede gustar e incluso excitar. En ocasiones “manejamos” nuestra sexualidad de formas invasivas, ofensivas e irrespetuosas para otras personas, dándonos cuenta o no. Tú dijiste que lo peor que podía hacer con un rengo machista

es no ubicarlo, porque lo peor para un rengo es la compasión. Pues bien, creo que la misma consigna aplica para otras personas, que no son varones cis ni rengos. Estuve a punto de escribir que en lugar de “ubicar” teníamos que “educar” o, en todo caso, hacer ambas cosas. Pero luego lo borré, pues no estuve del todo segura. Ubicar tiene algo de liberador para quien lo hace, pero no le permite a quien es ubicado/a comprender; a su vez, educar es cansador, y las mujeres pasamos nuestra vida educando. ¿Cómo salimos de este brete, si la idea es imaginar sociedades menos violentas, más libres y respetuosas, también en sus formas de entender la sexualidad?

Por otra parte, quiero volver sobre un término que empleaste: la compasión. No estoy segura si, pensando en mi experiencia, lo que me frenó fue la compasión, como tú le dices. Había algo, sí, del temor a lastimar al otro si reaccionaba de modo contundente, algo que tal vez no me hubiera pasado con un varón convencional. Pero también había una gran duda acerca de lo que esa otra persona quería o necesitaba. He visto muchas injusticias hacia personas que no se expresan como la mayoría y desacreditar es lo más fácil. Quiero decir, no sé si el modo de reaccionar que tenemos en determinadas circunstancias las personas convencionales al vincularnos con

personas con discapacidad pueda reducirse a la compasión. Me parece un poco más denso el asunto. En otras palabras, los lugares de poder están atravesados por toda una serie de aspectos situacionales, incluso personales, difíciles de generalizar.

Me parece que vos me hablás como antropóloga y yo te hablo como “casi” psicólogo.

En cuanto a hablar de comportamientos y no de género, me parece bien, sólo que lo que te pasó a vos, te pasó con varones, y lo que me pasó a mí, me pasó con mujeres, pero sigamos hablando de lo que estábamos hablando.

Creo que ubicar y educar es más o menos lo mismo. En mi caso funcionó, me ubicaron un par de veces y a la vez me explicaron por qué me ubicaron, entonces aprendí que había cosas que a mí hasta ese momento me parecían lógicas, pero estaban mal. A ver, también me educaron mis hermanas y mis sobrinas y mi madre que aún sin saberlo siempre fue feminista. Entiendo que las mujeres están cansadas de ubicar y educar, creo que podemos colaborar y creo que en eso estamos con esta conversación. También los rengos estamos cansados de intentar educar a la gente.

Es posible que sea morbo como vos lo dijiste, entonces el problema es cómo educar a alguien

que es morbosos, porque además, como dije antes, para cuando te das cuenta ya se fueron. Me parece que si pongo otro ejemplo tal vez se entiende mejor. Una mujer adulta empieza a chatear conmigo, me pregunta, por ejemplo, si “se me para”, me sigue preguntando cosas sexuales, y en un momento me bloquea. A esa persona, por más que yo quiera educarla, o ubicarla, o mandarla a cagar, ya no puedo. A la mujer del ejemplo anterior pude ubicarla, aunque como nunca me contestó, no sé qué efecto tuvo, creo que para un varón rengo es más complicado desaparecer, a menos que te bloqueen.

Con respecto a tu duda sobre qué podías hacer o sobre cómo no lastimar al rengo, creo que justamente en la mayoría de los casos se trata de entender que cuando hay que lastimar a alguien no debería importar su condición. También he visto un par de injusticias con personas que por su condición aparentaban estar acosando y en realidad, por ejemplo, estaban acomodándose el pañal y fueron escrachados. Pero son los menos. Estoy tratando, como ves, de no hacer quedar al rengo como el pobrecito, porque casi nunca es un pobrecito.

En cuanto a las que “sin querer” usan su cuerpo de manera “inapropiada” en la calle (el primer ejemplo), creo que tal vez tiene que ver con la

infantilización de las y los rengos. No creo que lo hagan con un varón “convencional”.

Tenés razón, no solamente se trata de compasión, pero tampoco tengo claro de qué se trata. A lo mejor podemos pensarlo juntos.

Pablo, hay mucho para seguir pensando juntas y ojalá este diálogo se amplificara. Siguiendo el orden de lo que has dicho, no estoy segura que “educar” y “ubicar” sean la misma cosa. Pueden ser sinónimos tal vez, o contener algunas semejanzas, pero creo que difieren en aspectos importantes. Las mujeres ubicamos a los varones cuando éstos pasan límites. Posiblemente también las y los rengos lo hacen con las personas convencionales, tú me dirás. Ubicar es una suerte de reacción o defensa cuando otro se excede y nos sentimos invadidas. Al menos, así lo veo yo. Por otro lado, creo que educar es un acto más continuo que ejercemos todos con todos, no obstante lo cual a algunas personas, en particular a las mujeres, se nos ha responsabilizado por esta tarea. Las mujeres son quienes educan a sus hijas e hijos, al igual que las maestras, quienes son también mayoritariamente mujeres. Que las mujeres sean quienes más *deben* educar tiene que ver con la distribución de roles y tareas por género. Pero más allá de esa dimensión absolutamente arbitraria

sobre la cual mucho se puede decir, educarnos es una cuestión básica y necesaria de nuestro convivir. Educar, a mi criterio, tiene que ver con conocer más a quienes nos rodean y a sus realidades y así desarmar prejuicios. Aunque también es cierto que nos educamos en el prejuicio. Entonces hay que des-re-educarnos.

Por otro lado, quisiera referirme al morbo. Y esto es una mera opinión porque me faltan herramientas. Creo que el morbo es parte de la condición humana y no debería ser estigmatizado *per sé* sino por sus usos. La primera acepción de “morbo” según el diccionario de la real academia española es “enfermedad”. La segunda, “interés malsano por personas o cosas”. Pero siguiendo este criterio, todos estaríamos enfermos. Por eso tengo la impresión, seguro tú podrás decir acerca de esto mucho mejor que yo, que depende de cómo pongamos nuestros morbos en relación con otras personas. Creo que los ejemplos que mencionaste dan cuenta de situaciones en que las personas dejaron llegar su morbo a un terreno de la violencia, donde no había consenso. El morbo con respecto a los cuerpos socialmente considerados “diferentes” supongo tiene que ver con eso que distintas autoras de los estudios en discapacidad han llamado “ideología de la normalidad” (Angelino y Rosato) o “imperativo normal” (Moscoso). Habría

que reorganizar los términos del morbo, reorganizando la (des)valorización de los cuerpos. Por último, un comentario acerca de tu frase “se trata de entender que cuando hay que lastimar a alguien no debería importar su condición”. En verdad yo no quería lastimar a esas personas. Quería entender lo que estaba sucediendo, dilucidar si esa situación que me generaba incomodidad estaba siendo provocada adrede o no y si estaba siendo violentada. Te hago una pregunta a propósito de este dilema que creo puede clarificarnos: ¿por qué para algunas cosas sí deberíamos tener en cuenta la condición de las demás personas y para otras no?

Empiezo por tu pregunta, me parece que es un poco lo que te dije antes, una cosa es dejar pasar al rengu en la cola del banco, y otra, dejar que te acose. Te lo amplío. Por ejemplo, en Argentina, cuando un rengu puede comprar un auto, no paga patente, entre otros “beneficios”. Esto sería para algunos “discriminación positiva”, para otros es emparejar la balanza (estoy en la segunda posición). Pero claro que esto no habilita cualquier cosa. Vuelvo al ejemplo, una cosa es pasar primero, y otra cosa es pegarle a alguien (te cambié un poco el ejemplo).

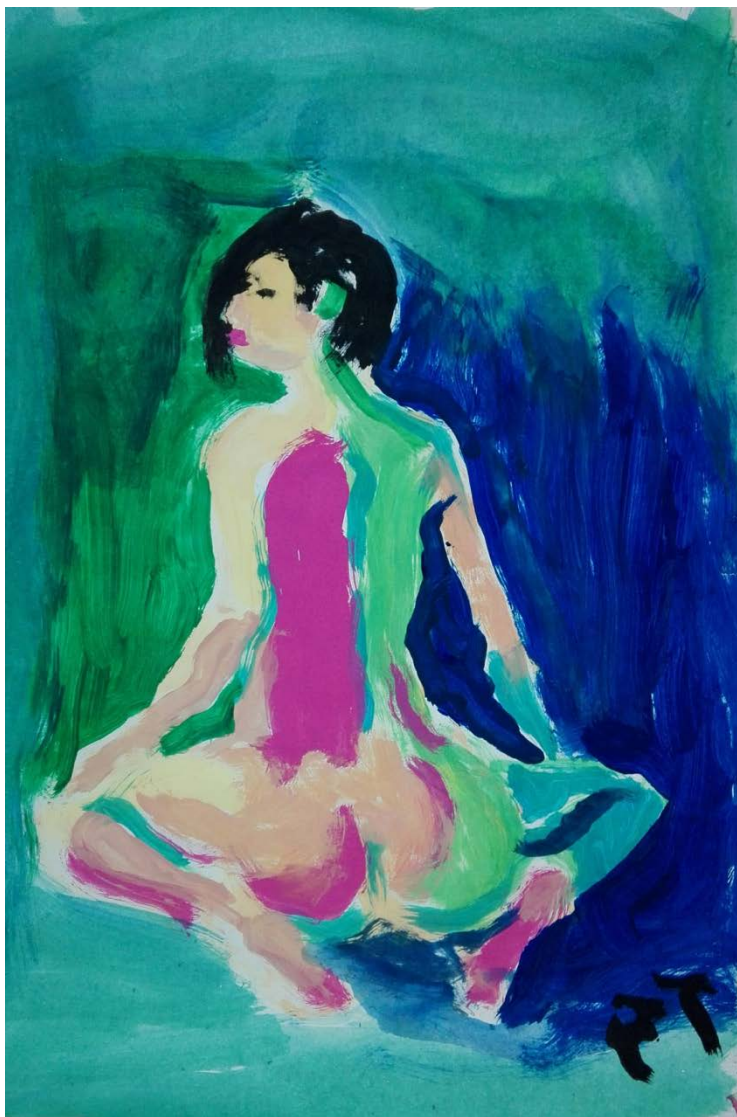
Cuando hablé de lastimar debería haber puesto comillas, de todas maneras, no está mal. A veces, es necesario lastimar a alguien. Supongamos que estás en pareja con un rengo, si querés dejarlo y bueno, no te vas a bancar al tipo porque sea rengo. Es verdad, todas las personas somos morbosas, y la cuestión es manejar el morbo; en este caso sí deberíamos evitar lastimar a los demás (a mí me gusta darte ejemplos para que se entienda). Por ejemplo, me provoca morbo las mujeres más jóvenes que yo; ahora, yo no voy a la puerta de una escuela a levantar adolescentes, vos me podés decir que no voy porque no puedo, pero tengo una escuela en la puerta de mi casa, o sea, podría, pero prefiero buscar mujeres jóvenes pero no tanto (¿quedó claro?).

Estoy de acuerdo, no es lo mismo ubicar y educar, lo que yo te dije es que me educaron o me reeducaron mientras me ubicaban, porque me explicaban por qué me estaban ubicando. En cuanto a que los rengos ubicamos, como te dije antes, a veces es un poco más complejo. Sí creo que podemos educar, creo que yo educo dentro de lo que puedo, cuando alguien lea este diálogo, a lo mejor aprende algo. De todas maneras, así como las mujeres son las designadas para educar, también a los rengos nos pasa algo parecido,

siempre tenemos que estar educando, y a veces es agotador.

Podríamos seguir horas y horas hablando de los lugares de poder, de las sexualidades, los morbos, los machismos y capacitismos que tenemos impregnados y que tanto nos cuesta ver. Pero dejamos la puerta abierta (tal vez en otra ocasión queramos revisitarnos) y vamos a otro tema que nos interesa charlar.

Ante todo, buenas tardes



(En la página anterior)

Ella a todo color - Acrílico sobre papel.

17 de diciembre de 2018

Se ve una persona arrodillada, con las piernas abiertas de espaldas. Está coloreado en grandes manchas magenta y distintos tonos de verde brillante.

## Capítulo 4: Poner el cuerpo a las artes

Tengo recuerdos de los trabajos, tipo *collages*, que hacía mi hermana en la institución donde concurrí durante muchos años. Prácticas artísticas, si se quiere, para pasar el tiempo. Una vez, me acuerdo, hicieron una especie de subasta de las obras de las y los alumnos, para recaudar fondos. Mi abuela creo que pagó \$200 uruguayos por un cuadro, pero gente con más dinero –y con ganas de donar algunos pesos a la institución– pagaba más. No era la obra en sí lo que se valoraba en ese caso, sino el destino que tendría su aporte económico. La obra era una mera excusa.

Traigo este ejemplo para comenzar a intercambiar sobre cuerpos y artes, uno de los temas que teníamos en el tintero y porque me parece muy sintomático de una de las cosas que suele ocurrir cuando de artes y discapacidad se trata: la sobre o sub valoración de la obra según la circunstancia y corporalidad de quien la produjo. Algunos dirán que la sobre o sub valoración de la obra también ha ocurrido con otros artistas y así terminamos pensando que una lata de tomates o un urinario son las obras de arte más influyentes del siglo XX (me puse polémica). Pero permítanme mencionar un matiz: la valoración de las obras de estos artistas no estaba mediada por la valoración del

cuerpo de su autor o autora, sino por otros aspectos: notoriedad pública, propuesta política, personalidad, contexto. Me gustaría, Pablo, que profundicemos un poco en este asunto. Tú mismo, como artista plástico y bailarín, tendrás mucho para decir. Algunas preguntas que vienen a mi cabeza: ¿en qué circunstancias cabe separar (o no) la obra de los artistas? (pienso, por ejemplo, que esto se viene discutiendo mucho con relación al feminismo, pero que también lo trasciende: la famosa “cancelación”). Y cuando lo hacemos, ¿cuáles son los argumentos que se barajan y qué características de los artistas ponderamos? Luego podré decir si estoy a favor o en contra, pero me interesa ver cómo y por qué se dan estas escisiones. Por otra parte, ¿en qué medida es necesario abonar un campo de las “disability arts” y en qué medida necesitamos desarmarlo? Y, por último, la pregunta de millón: ¿puede el arte “sanar”? (por si no queda claro, va con ironía).

Empiezo por el final. El arte no “sana”, pero debo decir que cuando bailo hago cosas que cuando no estoy bailando no podría hacer (claro que lo mismo me pasa cuando tengo sexo); es decir, el arte no sana, pero ayuda.

Ahora voy al principio. En general, en una institución para rengos lo que menos buscan es la

creatividad. Por ejemplo, en Argentina hay unos lugares llamados “Talleres protegidos” (el nombre ya es una cagada) en los que supuestamente enseñan oficios, por ejemplo, hacen baldosones cuadrados todos iguales, a ver si a alguien se le ocurre crear algo diferente.

En cuanto a separar al artista de su cuerpo, o de sus ideas, a mí no me gustaría que lo hagan conmigo. Otra cosa es “perdonar” al artista y disfrutar de su arte, incluso a pesar del artista. Yo cuando bailo no puedo esconder la silla, entonces el público toma el combo, yo vengo con silla incorporada. Cuando pinto, la silla no se ve, pero si alguien quiere averiguar un poquito, enseguida se va enterar porque yo no escondo la silla, como tampoco escondo lo que pienso.

Es un tanto más complicado perdonar a un abusador, o a un asesino. De todas maneras, yo no me privaría de su arte. También se condena a los artistas que “venden” su arte por plata, a mí me gusta poner el ejemplo de Goya, él trabajaba para la nobleza pero también pintaba sus matanzas. Es decir, el artista debe comer, pero no por eso debe perder su conciencia, suponiendo que la tuviera.

Para mí hacer arte también es una forma de militancia, y yo milito desde mi lugar de rengo. Es una manera de visibilizar la diferencia. Claro que tampoco trabajo de rengo todo el tiempo (es un

trabajo insalubre), pero de vez en cuando no puedo evitarlo. Bueno compañera, creo que ya te dejé mucha tela para cortar.

Por un tiempo le hui a toda asociación del arte y lo terapéutico o el arte y la salud, debido a que rápidamente nos lleva a un lugar que desde hace mucho el colectivo de personas con discapacidad (al menos una parte de él) viene rechazando: el de tomar como punto de partida que hay una dimensión patológica o un tipo de diferencia corporal que debe ser curada, modificada, normalizada. Pero a la vez, es muy difícil decir que no hay nexo alguno: como tú dices, “el arte no sana, pero ayuda”, en otras palabras, el arte hace – o puede hacer– que pasen “cosas”, mucho más allá de lo terapéutico. En verdad, para mí es una cuestión política. Debo decir que no me es sencillo explorar este terreno, pues comprendo esa disociación de la que hablamos y también la suscribo. Pero volviendo a tus términos, ¿acaso no nos estamos privando de un aspecto de lo que la experiencia artística ofrece si de plano la descartamos? Quizá, una vía posible pueda ser la de reponer la politicidad del vínculo entre arte y salud (y, por qué no, arte y enfermedad). Considero que en ese mismo gesto llevamos la discusión a un lugar que ya no es el de los cuerpos ideales y la

sanación plena, sino el de los cuerpos reales y sus experiencias: más *bodypolitic* antes que *bodypositive*. Dudo de estar siendo clara. En síntesis, voy a decir que reniego de los separatismos (de un tipo de arte sanador para unos y de un arte con mayúsculas, para otros), a la vez que creo que nos hacemos un flaco favor al descartar, de antemano, potenciales experiencias que a través del arte podemos llegar a tener.

Por otra parte, estoy de acuerdo contigo en que la escisión del artista (de su cuerpo y de sus ideas) de su obra, no suma, más allá de que no es posible. El aire de superioridad moral de la cultura de la cancelación agota y ojalá más temprano que tarde podamos ver sus limitaciones. Solo es funcional a la noción del arte como un ámbito de la pureza creativa.

Suscribir la separación de la obra del artista es controvertido por distintas razones, entre ellas, porque nos lo preguntamos casi que exclusivamente cuando desaprobamos el comportamiento o las ideas del o la artista y no cuando ocurre lo contrario o cuando sus ideas nos representan, y porque no dimensionamos lo suficiente la huella que algunas canciones, obras o expresiones artísticas dejan en nuestra memoria, en nuestras sensaciones y emociones. No es tan sencillo como simplemente “descartar”. A su vez,

esta es una idea diametralmente opuesta al vínculo con el arte que mantienen los distintos colectivos estigmatizados por sus cuerpos. Entre estos colectivos la expresión artística constituye un medio de interpelación de lo normativo, de expresión de ideas propias y un espacio que muchas veces hace posible mostrarse frente a una audiencia o un público, con todo lo que “mostrarse” significa para corporalidades a las que se les ha enseñado a ocultarse y sentir vergüenza por su aspecto. La relación entre los artistas y sus obras es necesaria y legítima. Al fin y al cabo, toda creación proviene de un trayecto peculiar, sea éste personal o colectivo. Quiero decir, no es que toda creación se empeñe en mostrar un dilema, rasgo o idea propia, pero sin esos dilemas, rasgos o ideas y sin el contexto social de referencia el proceso creativo no existiría; el arte no existiría.

Ahora bien, ponderar estos aspectos nos coloca varios desafíos o conflictos, como dije antes. Por ejemplo, esa sensación agri dulce cuando disfrutamos de la música de un artista que sabemos que fue un pedófilo, o de un artista plástico violento (estoy pensando algunos ejemplos, pero para qué nombrarlos). Además, la cultura de la cancelación ¿no es en cierta forma otra expresión del punitivismo y el estigma que los cuerpos rengos y diferentes denunciamos?

**Ante todo, buenas tardes**

Supongo que cada quien encontrará respuestas a estos dilemas o en todo caso, lidiaremos colectivamente con las incertidumbres.

Me interesa que este lugar conceptual-político nos permita pensar las otras cuestiones que venimos planteando. Quiero decir, pensar en relaciones, redes y conexiones, antes que en compartimentos estancos dentro de lo que consideramos “arte”. En lo personal, no me seduce pensar el arte en abstracto, carece para mí de sentido si no está en vínculo con lo concreto, en este caso en particular con los cuerpos en su multiplicidad. Y con esto retomo lo que tú venías diciendo acerca de las condiciones corporales de producción artística. Me parece que hay una potencia en el dar a conocer no solo la obra, sino también la técnica, los des(re)centramientos de los métodos, la posición y la sensación corporal, las apoyaturas del cuerpo en artefactos o en otros seres humanos o no humanos y el contexto de creación. Creo que si queremos hacer que el arte deje de estar en una burbuja de cristal y se embarre, hay que estar dispuestas a las contradicciones.

Hace poco tiempo, un actor me dijo que William Shakespeare escribía para la Corona, o sea, hacía propaganda, y entonces ¿qué hacemos? ¿Quemamos Romeo y Julieta? No me parece lo

más adecuado. Hay otros ejemplos como éste, porque el arte es política, a pesar del artista, o junto con él.

Yo, como dije antes, hago política cuando hago arte y busco que “la gente común” me vea a mí como rengo, pero no como el pobre rengo. En alguna publicación en mis redes sociales he mostrado cómo pinto, con la asistencia de una artista plástica que me ayuda a ubicar las manos y el pincel en la hoja, y a veces mueve la hoja para que yo pueda expresarme, pero está claro que el que expresa soy yo. Cuando bailo, me pasa algo parecido, aunque también puedo bailar solo usando la silla. O sea, yo puedo no estar solo cuando hago arte, y de todas maneras es mi arte. En general, pinto cuerpos de mujeres desnudas, probablemente a alguien le parezca machista, pero para mí es una forma de mostrar algo que es lo opuesto a mí (además, me gustan los cuerpos de mujeres desnudas). También he pintado varones y paisajes, pero pocos.

Estoy bastante lejos de tener un cuerpo “ideal”, por suerte, de manera que muestro mi cuerpo imperfecto e impuro, y lo hago con total intención. Pero como dije antes, cuando hago arte, puedo hacer algunas cosas que de otra forma no puedo hacer, esto no tiene que ver con la salud, o con la curación. Creo que volviendo al capítulo 1, tiene

que ver con el deseo que me mueve, como mueve al mundo. Siempre retornamos al deseo, de eso se trata.

Pero para no hablar siempre de mí, y volviendo al arte, a la política y a que debemos aceptar, una vez le preguntaron a Dolina: “¿Cómo usted, que es peronista, puede admirar a Borges?”, y Dolina respondió: “Soy peronista, pero no estúpido”. Creo que de eso se trata, de no ser estúpido, y de gozar del arte, a pesar del artista o, mejor dicho, entendiendo que se trata de personas atravesadas por un conflicto, o un contexto, o un momento histórico, y además en algunos casos, atravesados por una ideología.

La verdad que no se si contesté lo que vos planteabas, pero lo intenté.

Sí, sin duda hay muchos dilemas que emergen cuando nos preguntamos por el arte y los cuerpos y estos lejos están de agotarse en la cuestión de la “sanación”. Comparto contigo el gesto de volver al “deseo” como motor de acciones y pensamientos. Creo que ese lugar –que no es uno, ni se ubica en un sitio definido– nos ayuda a poner la experiencia propia en perspectiva con nuestras historias y con otros, pero también nos es útil para quitarle peso a la racionalización que ejercemos sobre cada asunto. Hay algo de la vivencia, del estar siendo,

del percibirnos en el planeta que nos es  
inconmensurable. Sabernos minúsculos e igual  
estar siendo.



La piedad pagana - Acrílico sobre cartón.  
5 de abril de 2019.

En un medio círculo dorado aparecen centradas  
dos figuras humanas desnudas. Una está de frente  
y sentada y la otra de perfil, acostada, apoyando la  
cabeza sobre la falda de la otra.

## **Capítulo 5: lanzarnos**

Llevamos más de un año alimentando estas páginas, pensando sobre qué temas escribir y por qué. Comenzamos varios meses antes de que se declarara la pandemia en Argentina y Uruguay en marzo de 2020 y en el momento en que estamos concluyendo ocurre un hecho que nos estremece y merece mención: un fallo judicial histórico declaró culpable de todos los cargos al policía que asesinó a George Floyd. Se hizo justicia, aunque eso no devuelva su vida.

A veces pasamos semanas sin escribir hasta que lográbamos retomar. Sobre todo, a mí me pasó eso y vos Pablo, me tuviste cortita con mis demoras, pero también me supiste esperar. Con humor, la sobrellevamos. Entre tanto también ocurrieron otras cosas, algunas las fuimos contando aquí y otras no. Ahora tal vez es momento de lanzarnos, esperando que otras opiniones se sumen al diálogo.

Si te tuve cortita, por algo será. Hablando en serio, la paciencia fue mutua. Vos también me esperaste cuando el mundo se paró, hace un año, y a mí se me complicó.

Estoy de acuerdo con que tenemos que lanzarnos, pero antes me gustaría hacer algunas

observaciones. Para mí fue muy interesante trabajar con vos, y trabajar sobre estos temas. Hemos descubierto en este tiempo que ya había intentos hechos por otras personas, pero nunca está de más continuar hablando y pensando, porque me parece que tanto en el colectivo *rengo* como en el feminista hay demasiado purismo, y cuesta mezclar las ideas y hacer alianzas.

También hemos tenido que negociar para ponernos de acuerdo, eso es una alianza, y a lo mejor eso es lo que cuenta. Por ejemplo, tu idea era publicar el trabajo por capítulos, a mí me pareció que era mejor publicar el trabajo entero, y lo negociamos. Creo que, a modo de cierre, podemos dar algunos consejos y reflexiones a partir de todo lo que aprendimos de nuestra conversación. ¿Te parece?

Me parece.

-Ya saben amiguitos, *discas* y feministas son seres resentidos, que odian a todo el mundo. No les conviene hacerse sus amigos (pero ojo, tampoco sus enemigos).

-Claramente, es así.

-Si en la calle se encuentran con un *rengo*, no es necesario que le pregunten si precisa ayuda,

**Ante todo, buenas tardes**

porque es obvio que la necesita. Lo agarran del brazo para cruzar la calle y listo.

-Suponiendo que tuviera brazos, y que quisiera cruzar la calle.

-Todos sabemos que las mujeres y los rengos jamás llegarán al desarrollo intelectual del onvre, así que no le den bolilla a sus reclamos, no dicen nada interesante y son pura cháchara.

-Fectivamente, e así.

-Tengan paciencia, el nuevo hombre nuevo ya va a llegar y nos va a salvar a todos.

-Seguramente, vendrá con la nueva normalidad.

-“Esta rampa no está empinada”, le digo a un arquitecto y me responde: “El arquitecto soy yo, ¿vos que sabés, rengo?”... ¿Y si le preguntas al rengo, en lugar de pensar que lo sabes todo?

-Pero ¡qué rengo atrevido!

-Al varón rengo no le importa que una mujer lo toque, total no puede. ¿Sabes qué? Casi siempre puede.

-Por favor, no nos pongamos obscenos.

-Si una mujer publica una foto, seguramente te está provocando a vos, varón.

-Porque las mujeres, obvio, no hacemos otra cosa que provocar.

-“Ay, por media hora en la rampa ¿qué le molesta el auto?”. Casi siempre justo en esa media hora yo quiero pasar.

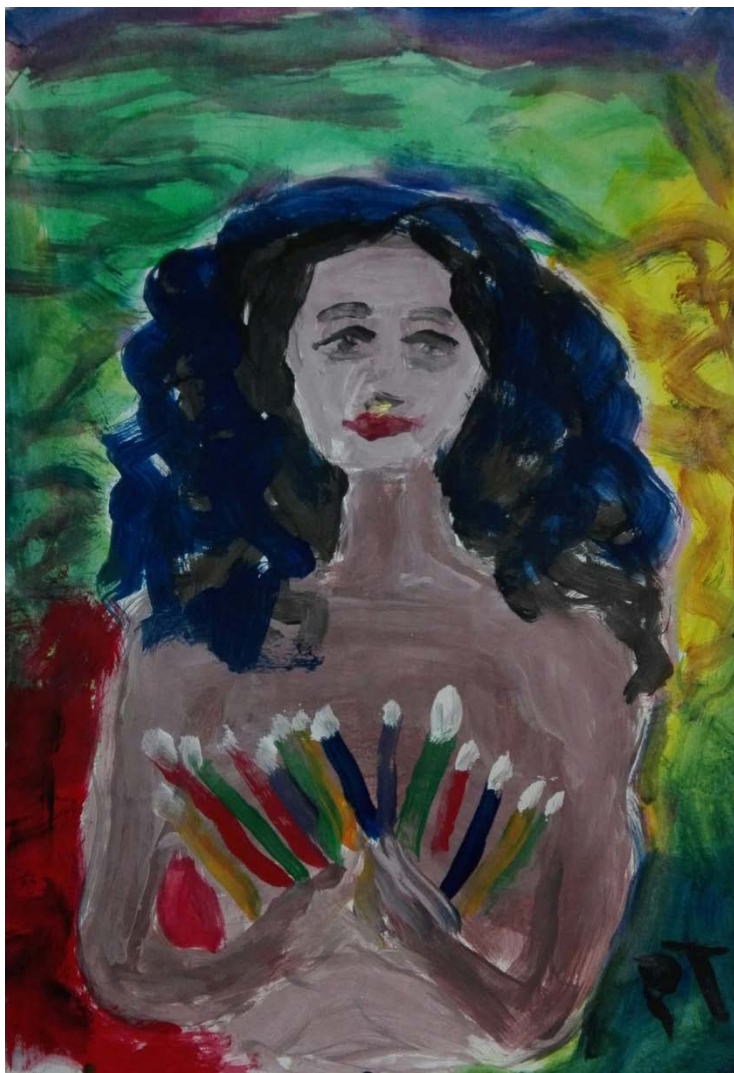
-Querido, todos sabemos que los problemas sociales estructurales son pura casualidad.

-Mujer: si vas a un lugar donde hay un rengu, y ese rengu te gusta, y además te tira onda, antes de pensar en qué va a decir la gente, probá, a lo mejor te sorprende. Lo mismo para un varón, y todas las variantes.

-Pruebo, no pruebo... ésa es la cuestión.

Tal vez, continuará...

Ante todo, buenas tardes

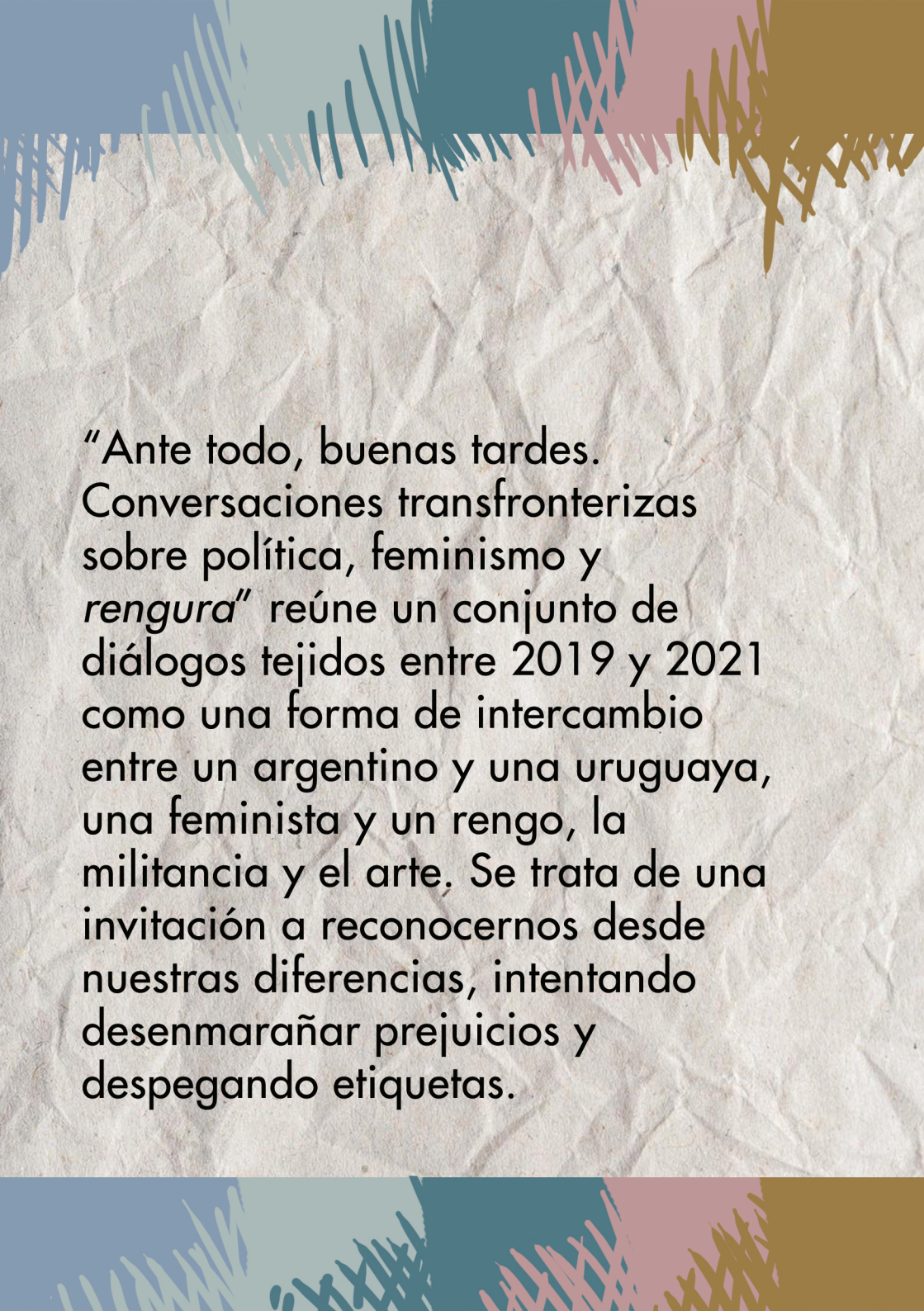


(En la página anterior)

Pintora de sueños - Acrílico sobre papel.

2 de agosto de 2019

Se ve un retrato de una persona con el torso desnudo tapado por un abanico de pinceles. Tiene rostro amable y apacible enmarcado con un largo pelo oscuro de rulos.



“Ante todo, buenas tardes.  
Conversaciones transfronterizas  
sobre política, feminismo y  
*rengura*” reúne un conjunto de  
diálogos tejidos entre 2019 y 2021  
como una forma de intercambio  
entre un argentino y una uruguaya,  
una feminista y un rengo, la  
militancia y el arte. Se trata de una  
invitación a reconocernos desde  
nuestras diferencias, intentando  
desenmarañar prejuicios y  
despegando etiquetas.